

La idealización fascista de la violencia como ejemplo de participación política en la Venezuela contemporánea

Dr. Angel Oropeza Z.



La violencia, en cualquiera de sus formas, implica siempre la utilización de la fuerza o ventaja física, psicológica o verbal, para obtener de un individuo o de un grupo algo que no quiere consentir libremente. La violencia política, en este sentido, no sólo hace referencia a esa obtención indebida de lo que las personas libremente no están dispuestas a hacer o aceptar, sino que incluye también la utilización de la amenaza, como herramienta moral o política para influir en las opiniones y comportamientos de los otros, mediante el chantaje del castigo o uso de la fuerza en su contra.

La violencia política fue, durante mucho tiempo, una indeseable constante en la historia republicana de Venezuela. Desde el siglo XIX, y hasta la primera mitad del XX, se fue afianzando culturalmente en Venezuela una dominación personalista autoritaria, vinculada al militarismo. A pesar de ello, se le vio disminuir su presencia - como expresión social importante- durante los días del primer gobierno de Caldera, gracias a la estrategia de pacificación. Sin embargo, para sorpresa de algunos, y lamentable confirmación de advertencias para otros, la hemos visto reaparecer en estos tiempos de "revolución", pero mostrando en su nuevo perfil una particular y decisiva diferencia: ya no como enemiga del Estado, sino como aliada de un gobierno teóricamente constitucional.

Frente a esta innegable exacerbación de la violencia política, algunos han lanzado la hipótesis genérica y aséptica de una especie de "transformación" repentina y azarosa de los venezolanos, que nos transmutó de la noche a la mañana en seres violentos e intolerantes, y ante lo cual se impone un llamado general e indiferenciado a la "conversión" colectiva. Frente a esta explicación, de suyo tan ingenua como interesada, se levanta una hipótesis más creíble, según la cual los fenómenos sociales por lo general se presentan en un contexto cultural que los explica. En esta línea de identificar factores culturales que originan, fomentan o mantienen determinados fenómenos sociales, es posible sugerir la hipótesis según la cual lo que presenciamos en Venezuela es en mucho grado consecuencia de la idealización fascista de la violencia como forma privilegiada de participación política.

La palabra "fascista" se ha incorporado definitivamente como vocablo de moda en el léxico político venezolano, al punto que se ha convertido en un epíteto predilecto que se endilga al adversario para descalificarlo, en el entendido que su connotación es fundamentalmente negativa y perversa. Sin embargo, la utilización generalizada y popular del término ha venido a encubrir muchas veces su verdadero significado. Es saludable, por

tanto, repasar algunas de las propiedades que describen lo que realmente significa un estilo "fascista" de dominación.

Históricamente, el fascismo se ha asociado con una forma particular de concebir y practicar la política que se caracteriza por unos rasgos distintivos muy particulares¹, entre los cuales destacan:

- Una idolatría cuasi fálica a la figura de las armas, como fuente y sinónimo del poder.
- La exacerbación de las desigualdades sociales con fines políticos (y, por tanto, interés en mantenerlas)
- La igualación -por continuidad histórica- del líder/caudillo con los héroes ancestrales de la patria.
- Desprecio por los mecanismos de intermediación e instituciones ciudadanas, y predilección ideológica por el mecanismo de dominación basado en la jerarquía vertical de líder - ejército - pueblo
- Abundancia de referencias en el discurso gobernante a elementos morbosos, como la sangre, la muerte, el sacrificio, y al "virtuosismo" ético del heroísmo físico.
- Exaltación y movilización de las masas mediante la utilización de la frustración individual o colectiva.

La hemos visto reaparecer en estos tiempos de "revolución", pero mostrando en su nuevo perfil una particular y decisiva diferencia: ya no como enemiga del Estado, sino como aliada de un gobierno teóricamente constitucional.

• Simplificación de la complejidad social de los problemas y conflictos a una explicación monocausal, generalmente asociada con la identificación de un enemigo (otro país, otra raza, el imperialismo, otros gobiernos...)

• La obsesión por el complot y la amenaza constante de los enemigos.

• La idealización de la violencia como forma de participación política y de ascenso en la iconografía del régimen.

En la acera contraria, las llamadas sociedades modernas han aprendido que siendo uno de los objetivos de la "Política" la adecuada canalización de las tendencias entrópicas de la sociedad, el manejo asociado con el monopolio de la violencia está íntimamente ligado con la viabilidad y existencia misma de todo orden social. Por tanto, este monopolio de la violencia —para permanecer socialmente legítimo y políticamente eficaz— debe siempre buscar un punto de equilibrio entre la necesaria aplicación de mecanismos correctivos, y la conveniencia de recurrir a ellos en el menor grado posible. De hecho, la utilización excesiva de la violencia y la amenaza por parte de un régimen no sólo puede conducir a crisis severas de legitimación, sino que se convierte en evidencia de su débil naturaleza democrática.²

En este sentido, las sociedades adultas han recurrido a dos grandes vías para elevar el costo de recurrir a la violencia como instrumento de resolución de conflictos, de modo que su adopción como alternativa resulte, vía disuasión colectiva, poco atractiva. Estas dos grandes vías son, por una parte, las *sanciones legales* y, por la otra, la *condena social* a la violencia como conducta indeseable. Precisamente, la dinámica asociada en la Venezuela contemporánea con estas dos "columnas sociales" recrea un estilo típicamente fascista, y ayuda a explicar la expansión del terrorismo político que presenciamos con indignación en el país. Por una parte, la impunidad hacia los delincuentes políticos ya ni siquiera muestra respeto por las formas, y se convierte en una especie de "carta blanca" para la reincidencia y para el modelaje conductual.

De manera abierta, sin al menos un pudoroso disimulo, el gobierno y su bien seleccionada red de gendarmes judiciales pareciera legitimar y dar carta blanca a quien delinca y agrede en nombre de la revolución: Desde los pistoleros de Llaguno, hasta los "espontáneos" que arremeten contra cualquier manifestación o expresión pública no afín, van a encontrar de parte del gobierno alguna explicación, alguna excusa, y al final, una justificación que no sólo los deje libres, sino los convierta en miembros privilegiados del santoral revolucionario. Así como el viejo patriarca adeco Gonzalo Barrios llegó a pontificar que en Venezuela la gente robaba porque no había razones para no hacerlo, ¿cuál es el costo que le impida a un fanático de nuestros días no recurrir a la violencia, si ella viene con su garantía de impunidad desde arriba? Pero además, esta impunidad se adosa a un discurso político que, cronológicamente demostrable, se inició con una idealización fascista de la violencia como ejemplo de participación política, y se transformó luego en un discurso de exclusión, generador —por concepto— de intolerancia y agresión. Un discurso que convierte a las personas, de adversarios, en enemigos; que legitima y estimula la violencia revolucionaria contra todo aquello que se oponga a "la verdad", pero que además, al mejor estilo del radicalismo fundamentalista, premia con la promesa de un puesto en la iconografía del régimen, el sacrificio —y hasta la eventual sangre— de quienes aceptan estar "con hambre y sin empleo" con tal de seguir estimulando las cuentas bancarias de los poderosos de turno. Un discurso que ha legitimado así una obscena inversión de valores, al punto que la vida de las personas resulta inferior, en importancia y primacía, a la revolución, léase a la continuación de los burócratas en sus puestos. Un discurso que privilegia palabras castrenses, evidencia de una mentalidad militar que, fiel a su esencia, antepone la consecución de los *finés* por encima de la consideración a los *medios*, y que se esgrime como si se estuviera desarrollando una guerra. Un discurso que fomenta y potencia los conflictos que se originan en las situaciones de pobreza y miseria, y que jus-

tifica la comisión de delitos y la recurrencia a la violencia si es por causa del régimen, porque, al final de cuentas, los enemigos no tienen derechos humanos.

Para el gobierno, pero más grave aún, para el chavacismo como cultura política, la consecución y permanencia de un proyecto político es más importante que la vida de las personas. Y cuando hablamos de cultura política chavacista, nos referimos a una manera particular de pensar lo político y de concebir la acción social eminentemente premoderna e intrínsecamente fascista, pero que no es exclusivo del llamado "oficialismo", sino que también caracteriza el pensar y obrar de algunos sectores de la oposición.

Por eso, la violencia de nuestros días no es algo accidental o políticamente aislado: lamentablemente, la confrontación es consustancial, culturalmente hablando, al proyecto fascista de dominación, y se ha convertido en la solución privilegiada para todo problema o conflicto. Es un instrumento privilegiado e idealizado de lucha política, en tanto causa temor, desmoviliza, desmoraliza, da sensación aparente de fuerza. Sin embargo, la recurrencia indecorosa y abierta a la violencia política es la mejor demostración de la derrota de la otrora exitosa seducción de la cultura política chavacista. Al mejor estilo de un viejo bolero, como la gente no los quiere por las buenas, pues ahora hay que obligarlas por las malas, con toda la violencia del más puro amor revolucionario.

1 Véase a este respecto el excelente análisis del escritor italiano Umberto Eco, titulado "Cinco escritos morales" (Editorial Lumen, Barcelona, España, 1999)

2 Estos argumentos se encuentran adecuadamente desarrollados por la escritora venezolana Tosca Hernández en un capítulo denominado "El desafío de la violencia en el actual sistema político venezolano", perteneciente al libro "Venezuela: rupturas y continuidades del sistema político (1999-2001)" (Merisa Ramos Rollón, edit., Ediciones de la Universidad de Salamanca, España 2002).